

1. Sang Atesh (Afganistán), mayo de 2008

El cabo Pajares barrió con sus prismáticos los montes pelados de Sang Atesh, cuyas crestas se recortaban contra el cielo del desierto afgano. El mando único recomendaba extremar las precauciones, pues desde hacía dos semanas, los talibanes hostigaban sin tregua a las unidades de los diferentes ejércitos que operaban en la zona. Pajares tenía turno de guardia en el pequeño campamento junto a una carretera cubierta de polvo. Una docena de soldados del Tercer Regimiento de Infantería Ligera «Príncipe» 3 se preparaba para el rancho de mediodía. El enclave, excavado en una pared de tierra arcillosa, era similar a una madriguera y tenía dos pequeñas estancias: una utilizada como cocina, comedor y dormitorio y otra para almacenar el equipo. Varias hileras de sacos terreros y una red mimética dispuesta sobre una trinchera constituían las defensas de aquella instalación efímera en mitad de un paisaje marciano. La misión de la patrulla consistía en proteger a los trabajadores asignados a las obras de mejora de la ruta Lithium, un camino pedregoso cuajado de baches que unía las ciudades de Qala i Naw y Bala Murghab, al noroeste de Afganistán. Desde que en 2002 comenzase la ofensiva de la coalición internacional, los insurgentes sembraban periódicamente la ruta de artefactos improvisados que hacían detonar al paso de vehículos, tanto militares como civiles. Para ganar la confianza de los habitantes de la zona, los soldados españoles habían pasado la mañana en Sang Atesh, intentando ganarse la confianza de los habitantes de aquel poblado de casas de adobe, y acababan de regresar a la base.

La soldado Rebeca Robles sopló en su plato vacío.

—¡Odio este maldito polvo, no hay manera de librarse de él!

Se aproximaba a la olla para servirse el rancho cuando se escuchó un fuerte estruendo.

—¡Fuego de mortero, fuego de mortero! —gritó el cabo Pajares—. ¡Explosión doscientos metros al noroeste!

—¡A cubierto! —ordenó el teniente Valdés, que estaba al mando de la patrulla—. ¡Disparan desde aquella loma, al este!

Los soldados se distribuyeron entre la trinchera cubierta y la línea de sacos, a la espera de la siguiente explosión. El tableteo de un kalashnikov desde una roca cercana interrumpió la espera. Después estalló otra granada, esta vez a cien metros del puesto. El oficial dio una nueva orden.

»¡Fuego cruzado! ¡Pajares, Robles, salid en dirección oeste! ¡Tenéis que neutralizar a los hijos de puta del mortero antes de que nos alcancen! ¡No están a tiro!

Ambos se dirigieron al almacén. Pajares cogió su Barret M95 y Rebeca un equipo de observación y la cámara de video. Tenía órdenes de grabar acciones de combate y hasta ese momento solo había registrado misiones de reconocimiento o escoltas sin incidentes. En un minuto estaban preparados para salir.

—Rebeca, deja la cámara —le aconsejó Pajares—. Esto va en serio.

—Ni lo sueñes. No he venido hasta aquí para grabar paseos por la carretera.

—Como quieras. ¡Mi teniente, salimos!

—¡Apunten hacia la roca! —ordenó Valdés—. ¡Fuego!

Los soldados dispararon. Pajares y Robles corrieron hacia un montículo donde se parapetaron para recuperar el resuello. El cabo escrutó el horizonte. Un talud les ofrecía una nueva cobertura. El teniente Valdés, que los estaba observando, volvió a ordenar fuego. Cuando escucharon las ráfagas, emprendieron una nueva carrera. Rebeca sintió el subidón de adrenalina y una euforia desbocada. Pajares, en cambio, mantenía la calma. Alcanzaron el talud y se detuvieron.

—Desde aquí podremos subir la colina sin ofrecer blanco. Hay que localizar a esos cabrones y ponerlos a dormir, van a alcanzar la base. —Pajares cogió a Rebeca de la barbilla y le dio un beso en los labios—. No te preocupes si me adelanto. Cuando los descubra prepararé el arma para el disparo. Si llegas a tiempo podrás grabarlo. —Dio media vuelta y salió corriendo.

Picada en su orgullo, Rebeca empuñó la cámara, la puso en marcha y siguió al cabo. Sus botas se clavaban en la tierra. Más adelante, Pajares ascendía con paso firme. Se escuchó la tercera explosión.

La granada estalló a menos de treinta metros de la trinchera.

—¡A los blindados! ¡Cambiamos de posición! ¡Primero los de la trinchera! —ordenó el teniente Valdés—. ¡Cúbranlos!

Los cinco soldados corrieron por turnos hacia el viejo VAMTAC. Cuando estuvieron dentro, el teniente ordenó lo propio al resto de la patrulla, que alcanzó el otro vehículo en un instante. Maniobraron hasta ganar la carretera.

—¡Hacia la roca! —gritó el teniente.

Cuando los blindados se alejaban, una nueva granada impactó junto a la trinchera. Pajares, que observaba a sus compañeros desde lo alto, dio un soplido de alivio y retomó la ascensión. Rebeca, rezagada, se detuvo a la sombra de una roca y aprovechó para tomar un plano de Pajares. Tras verlo llegar a la cima, apagó la cámara y continuó.

La patrulla se aproximaba hacia el lugar de donde provenían los disparos. Un estruendo sacudió al primer blindado. La granada, que estalló a apenas cinco metros de distancia, roció el vehículo de tierra y metralla.

Arriba, Pajares colocó su rifle de precisión en el suelo, se tumbó junto a él sobre la arena y desplegó el bípode. Miró a través del visor para localizar a los atacantes. Después de tres pasadas, localizó dos talibanes que rectificaban el ángulo de tiro junto a un Toyota *pick up*. Escuchó llegar a la soldado Robles. Le hizo una señal para que se agachara.

—Los tengo localizados.

—¿Saco el equipo de observación?

—¡Date prisa! Están a punto de reventar a los de abajo, voy a disparar.

Rebeca se tumbó junto a él y fijó el telémetro.

—Seiscientos diecisiete.

—Sí, mi estimación es similar. El viento es casi nulo y la elevación de unos treinta grados.

Acompasó la respiración y esperó a que el talibán cebara el lanzamortero para sincronizar el disparo con la salida del explosivo. Apretó el gatillo.

—Tres metros a la derecha. Creo que no se han dado cuenta. Rectifica un grado y medio —dijo Rebeca, que encendió la cámara para tomar unos primeros planos a su compañero. Se recreó en las facciones angulosas, el tenso mentón, los ojos felinos y la boca apetecible. Estaba enamorada de aquel hombre.

—Mira al objetivo, por favor —dijo Pajares en tono firme.

El segundo disparo pasó muy cerca de la cabeza del talibán y se estrelló a unas decenas de metros detrás de él. El silbido de la bala lo paralizó durante un instante. Suficiente para el cabo. Tres, dos, uno. El Barret M95 escupió su recado de muerte y unas centésimas de segundo después, la cabeza del insurgente arrojó una papilla de sangre y sesos. Su compañero comenzó a hacer aspavientos y a taparse la cabeza con las manos. Abandonó el lanzagranadas y subió a la *pick up*. Antes de poder arrancar, una bala atravesó su esternón. Rebeca miró a Pajares con los ojos desorbitados.

—Joder, Guillermo, qué peligro tienes.

—Solo si eres talibán —respondió el cabo con una sonrisa de orgullo.

Escucharon el intercambio de disparos en la carretera. Vieron al segundo VAMTAC situarse a solo treinta metros de la roca de donde provenían los disparos del AK-47. El

sargento Linares apuntó con el LAG-40 del blindado y abrió fuego. La explosión hizo saltar por los aires al insurgente. Cuando estuvieron seguros de que no estaba acompañado, bajaron del vehículo para comprobar el estado de sus compañeros.

Lejos de remitir, la excitación de la soldado Robles aumentaba. Se quitó el casco y la impedimenta. Se colocó encima de Pajares e intentó besarlo.

—¿Qué haces? ¿Estás loca?

2. Manises (Valencia), octubre de 2008

Acodado en un rincón del autobús, extravió la mirada y recordó el metro de Nueva York: Houston, Canal, Franklyn, Chambers. La aventura en Wall Street ya pertenecía a su pasado. Durante los primeros días que pasó en aquella burbuja de dólares y cristal todo le llamaba la atención: una esquina, un puente, una calle del Upper East Side, un vendedor de perritos calientes. Con el tiempo se acostumbró a aquel atrezo urbano y nunca sospechó que podría llegar a echarlo de menos. Pero aquella tarde de resaca vital extrañaba no tener a su alrededor negros, hispanos, asiáticos, *brokers*, estudiantes o jubilados.

Esperó su turno en la cola de los pasaportes. Los agentes de aduanas registraban con parsimonia bolsos de mano escogidos al azar. Cuando llegó al puesto de control tendió su documento al funcionario, que lo examinó con desgana. «Arturo Meseguer Sifre», murmuró entre dientes mientras comprobaba su parecido con la fotografía y miraba con disimulo el traje de dos mil pavos, un corte de Wilfred's, en la 23 con la Quinta. El policía hizo un ademán con la cabeza para indicarle que avanzase.

Retiró las maletas de la cinta transportadora, las apiló en un carro y sacó su flamante iPhone 3G. Miró a su alrededor y divisó una tienda de telefonía.

—Buenas tardes —dijo mientras entraba al pequeño local—. Necesito una tarjeta para este teléfono.

—Hola, señor —respondió una rubia neumática embutida en un traje azul muy escotado—. ¿Me permite?

—Por favor.

—¿Es el teléfono que ha lanzado Apple?

—Sí, es un iPhone.

—Tendría que dejármelo, es necesario hacer unos ajustes para que funcione en España. No estaría listo hasta dentro de dos días.

—No puedo esperar tanto tiempo.

—Puede activar una tarjeta prepago y comprar un terminal barato para tener servicio hasta que le adapten el iPhone.

—Será lo mejor —respondió Meseguer.

Escogió un modelo de Nokia, rellenó el formulario y sacó su American Express. Tragó saliva. La dependienta lo intentó tres veces, pero el datafono escupía el mismo mensaje: *No credit*.

—Pruebe con esta —dijo Meseguer mientras le tendía la Visa.

—Tampoco funciona —informó la chica tras repetir la liturgia.

—¡No me lo puedo creer! ¿Y ahora qué hago?

El escote de la rubia era el único consuelo de Meseguer.

—Lo siento señor, me es imposible ayudarle si no dispone de una tarjeta válida —insistió la muchacha.

—Supongo que cualquier cajero del aeropuerto me dará dinero, ¿no?

—No lo crea. Nuestros datáfonos hubiesen funcionado si sus tarjetas pudieran proporcionarle efectivo en cualquier cajero de la instalación.

«Me advirtieron de que algo así podía pasar», pensó. Se echó la mano al bolsillo y extrajo un puñado de billetes.

—Noventa y siete dólares —anunció tras contar el papel—. ¿Qué podríamos arreglar con esto?

La joven entornó los ojos y tamborileó con sus uñas postizas en el cristal del mostrador. Meseguer aprovechó para examinar de nuevo su escote.

—Tenemos algún terminal antiguo fuera de catálogo —La rubia se acarició la comisura del labio—. Aquí no aceptamos dólares, pero a título personal, le podría activar algún modelo a cambio de esos pocos billetes. Cargaré diez euros de mi bolsillo y así al menos tendrá servicio mientras llega hasta su destino. Esto, entre usted y yo, ¿eh?

Meseguer escuchaba atónito. Había olvidado el carácter español, la falta de escrúpulos a la hora de maquinar pequeños chanchullos, algo inimaginable en un aeropuerto estadounidense. «Hogar, dulce hogar», pensó.

—Descuide, señorita. Me saca usted de un apuro.

La dependienta se metió en la trastienda y tras unos instantes, reapareció con una pequeña caja desprecintada.

—Mire, he encontrado esta joyita. No tiene muchas funciones, pero es robusto y... ejem, hace llamadas.

—¿Alcatel OT 320? Es de juguete, ¿no? —preguntó Meseguer mientras acariciaba su iPhone 3G—. ¡Menuda reliquia!

—Señor, me estoy jugando el puesto por sacarle de un apuro...

—Tiene razón. Por favor, active la tarjeta —Le ofreció los billetes arrugados.

La dependienta activó el aparato y lo depositó sobre el mostrador. Rompió la caja y la tiró a la papelera.

—Listo. Si dice usted que le he vendido ese teléfono tendré que negarlo —dijo solemne.

Meseguer miró otra vez su canalillo y pensó que jamás delataría a una mujer tan apetecible.

—Descuide, señorita.

3. Santiago de Compostela (A Coruña), noviembre de 2008

La vieja Plaza de Mazarelos lucía húmeda la mañana en la que Euxenio dio sepultura a su trayectoria universitaria. Atravesó por última vez el portalón de la Facultad de Filoxofía, el lugar donde se había consagrado a la docencia y la investigación durante treinta y cuatro años. Ahora le parecían una eternidad. «*Ivstiti sapientia*», leyó por última vez en una de las inscripciones de la estatua de Montero Rubio. No pudo reprimir una sonrisa. Su mirada se desplazó hasta el grupo de estudiantes que charlaban despreocupados al pie de la efigie. Su sonrisa se acentuó. Caminó unos pocos metros hasta llegar a la rua da Fonte de Santo Antonio y subió a su viejo Xantía. Se incorporó al tráfico y serpenteó por el casco urbano de Santiago. Llegó al peaje y detuvo el vehículo para extraer el tique de la ranura. La barrera se levantó y avanzó para incorporarse a la autopista en dirección a Lugo. Los carteles azules le hicieron sentir seguro. Se puso a silbar. Recordó la cara del decano al escuchar el anuncio de su dimisión. Hacía ya cinco meses. Y lo que dijo: «Euxenio, no jodas, *carallo*, eres mi mejor catedrático».

Cuando supo de la enfermedad de su padre, Euxenio empezó a valorar la posibilidad de dedicar unos años en exclusiva a sí mismo. Ya no encontraba sentido a su trabajo: los años en que le entusiasmaba hacer entender a sus alumnos la *Crítica de la razón pura* o analizar detenidamente el universo tomista quedaban lejos. Esa excitación que le provocaba ser artífice de la transmisión del conocimiento se había evaporado.

La primavera de 2008 marcó su punto de no retorno: decidió volcarse en los cuidados que su progenitor, con una salud de roble, no había necesitado en ochenta y tres años de vida. A Fabián, viudo desde los cuarenta y cinco, su condición de empresario de la industria conservera le permitió disponer de servicio doméstico permanente y su vida transcurrió sin sobresaltos hasta aquella maldita tarde de marzo. Diagnosticado de leucemia, supo que su final estaba próximo. El anciano decidió morir en *As Fanecas*, el pazo familiar en Portosín, a orillas de la ría de Muros e Noia. Euxenio equipó la amplia alcoba de su padre con una cama de hospital y un arsenal de calmantes antes de pedir una excedencia. Deseaba acompañar los últimos días de aquel hombre que le había educado para enfrentarse a la vida en ausencia de la figura materna.

La agonía de Fabián duró hasta el final del verano. Durante aquellas jornadas de morfina y espera recordaron infinidad de momentos: la dolorosa pérdida de la madre, que los dejó solos y aturcidos, los años pasados en el internado, las largas conversaciones entre un empresario a la vieja usanza y un estudiante aplicado, los viajes compartidos, los veranos de la infancia. Tuvieron tiempo para repasar sus vidas, que habían corrido en paralelo desde que la única mujer de la familia dejara de actuar como centro común de gravedad. El padre, en su pazo. El hijo, en residencias de estudiantes o colegios mayores y después en un *loft* del centro de Santiago, adonde se mudó al poco de completar su doctorado sobre la figura de Rousseau. No tuvieron necesidad de convivir, pero sí mantuvieron una afectuosa relación.

—Nunca me diste nietos —Le espetó un día su padre sin asomo de rencor.

—Tuve varias parejas, papá —Euxenio sintió que le debía una explicación más extensa a su padre, que jamás se había atrevido a hacer referencia a su vocación de solitario empedernido—, pero nunca quise renunciar a mi independencia y por eso ninguna duró demasiado. No te hablé de ellas para que no te crearas falsas expectativas. Te agradezco mucho que no lo preguntaras durante todos estos años —Euxenio sintió el acelerón de su corazón—, y sé de sobra que más de una vez pensaste que te había salido un hijo maricón.

El anciano experimentó un leve rubor.

—Euxenio, hijo mío, qué barbaridades dices. —Se llevó una mano temblorosa al costado, donde las células cancerosas estaban a punto de ganar la última batalla—. Jamás imaginé eso.

—Es normal que lo sospechases —dijo mientras ponía la mano encima de la suya y la apretaba con cariño.

El Xantía devoraba kilómetros mientras Euxenio viajaba por sus recuerdos. En la salida Arteixo-Lugo-Madrid abandonó la autopista. Unos kilómetros más adelante divisó el indicador: A Fonsagrada. Estaba a punto de llegar a su destino.